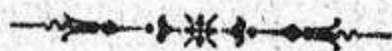




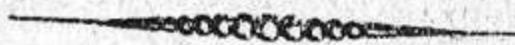
Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma



NUMERO EXTRAORDINARIO



Año LXIII. 25 DE ENERO DE 1922. Núm. II

OBISPADO DE OSMA

CIRCULAR

¡¡Nuestro Santísimo Padre, el Romano Pontífice Benedicto XV, ha muerto!! Los temores que reflejaba el telegrama, en que el Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia Nos comunicaba la triste cuanto inesperada noticia del gravísimo estado de Su Santidad, han tenido desgraciadamente exacto cumplimiento, a las 6 de la mañana de hoy; y la noticia de la muerte del Romano Pontífice se ha extendido por

todo el mundo, llevando el luto y la pena a toda la Cristiandad.

La prematura muerte de Nuestro Santísimo Padre ha de haber producido profundo sentimiento en el corazón de todos los católicos, como le ha producido en el Nuestro. Por eso nuestro primer acto, apenas hemos recibido tan tristísima noticia, y cuando aun Nos encontramos bajo la primera impresión del dolor, es dirigirnos a vosotros, amados hijos, desde la Corte, donde Nos encontramos accidentalmente, para desahogar nuestro corazón y llorar con vosotros la enorme pérdida que todos acabamos de experimentar. Sí; lloremos, amados hijos, porque digna es de ser llorada con lágrimas, impregnadas de amor y de ternura, la muerte del Padre amantísimo, que desde el momento mismo en que la Divina Providencia le elevó al Solio Pontificio, encomendándole el régimen de la Iglesia Universal, consagró toda su admirable actividad, sin un instante de descanso, a procurar la mayor gloria de Dios y la extensión de su Reino, y al ejercicio de la sublime y celestial virtud de la Caridad.

No son estos momentos los más propicios, ni nuestro ánimo disfruta en estos instantes de la serenidad necesaria, para hacer una exacta relación de las gigantesas empresas realizadas por nuestro llorado Pontífice en su gloriosísimo Pontificado, que si ha sido breve en el tiempo (poco más de siete años), ha sido en extremo fecundo y luminoso. Pero no podemos ni queremos sustraernos al deber de recoger, siquiera sea muy imperfectamente y al correr de la pluma, y poner a vuestra consideración, las más interesantes facetas de su Pontificado, para que en vuestros corazones de hijos amantes de la Iglesia se conserve más vivo el recuerdo de los esfuerzos realizados por nuestro Santísimo Padre, Benedicto XV, en aras de la Caridad y con el exclusivo fin de dilatar más y más el Reino de Jesucristo sobre la tierra.

Excederíamos en mucho los límites de una Circular, si Nos detuviésemos a exponer los actos realizados por Su Santidad, Benedicto XV, en favor de la Acción católica, tanto por parte de los hombres, y singularmente de las Juventudes Católicas, cuya organización vino a ser para el Papa una verdadera preocupación, como lo manifestó en el discurso que pronunció ante los 30.000 jóvenes con delegados de 22 naciones (España entre ellas) reunidos en los jardines del Vaticano, y cuya tesis resumió en estas palabras: «Nuestra Asociación, queridísimos hijos, debe atender principalmente a la formación religiosa y moral de las nuevas generaciones», como en lo referente a la acción católica de la mujer, cuyo apostolado recomienda y encáuza sapientísimamente en su discurso a la «Unión Femenina Católica Italiana» en estas palabras: «El cambio de las condiciones de los tiempos ha podido atribuir a la mujer funciones y derechos que edades precedentes no le consentían: pero ninguna mutación de las cosas o de los acontecimientos podrá alejar jamás a la mujer, consciente de su misión, de aquel centro natural, que es para ella la familia».

Tampoco podemos detenernos a hacer mención detallada de los trabajos realizados y luminosas enseñanzas expuestas por Benedicto XV en orden a la Cuestión Social, que pudieran en algún modo resumirse en esta frase que es un lema glorioso, que hizo imprimir en la medalla pontificia acuñada según costumbre del Vaticano, para la fiesta de los Santos Apóstoles el año 1919: «Per ministerium Apostolicæ Sædis, misereor super turbam»: «Por el ministerio de la Sede Apostólica, tengo compasión de la multitud, tengo piedad del pueblo». Benedicto XV, conecedor como el que más, del profundo abismo, al cual el socialismo intenta arrastrar a la clase obrera, y capacitado, más que ninguno otro, para resolver los problemas sociales, por haber asistido de cerca a la elaboración de la Encíclica «Re-

rum Novarum», pudo muy bien poner en sus labios esas sublimes palabras del Divino Maestro: *Misereor super turbam.*» Y como nuestro Divino Redentor sació el hambre de aquella multitud, que le seguía, así también su Vicario indicaba los medios de satisfacer las necesidades de la moderna sociedad, cuando en la audiencia concedida a Mister Gibbes, decía con referencia a las Encíclicas de León XIII: «Todas sus enseñanzas pueden resumirse en estas dos palabras: *Justicia y Caridad.* Si el hombre se conduce con justicia y con verdadera caridad cristiana en sus relaciones con sus semejantes, quedarán socorridas y desaparecerán la mayor parte de las aflicciones que el mundo sufre; pero sin justicia y caridad no es posible el progreso social.»

No menos digno de mención especial es el celo apostólico con que Benedicto XV ha trabajado durante su glorioso Pontificado por la propagación de la Fé y el Reinado de Jesucristo entre los infieles, labor que le ha merecido con toda justicia el nombre de «Pontífice de las Misiones». De muy buen grado nos extenderíamos en reseñar detalladamente esos trabajos y los desvelos con que ha procurado que brille la luz de la Fé en los países de infieles, donde tantas almas están sentadas en las tinieblas y sombras de la muerte y el amoroso llamamiento hecho a todos los Sacerdotes, para que formen la *Unión Misionera del Clero*: pero nos abstenemos de ello, no sólo por no dar excesiva extensión a esta Circular, sino también porque tenemos pensado enviaros ejemplares de la paternal Encíclica «*Maximum illud*» en la que Su Santidad, Benedicto XV, quiso como condensar todo su amor y su incansable celo por la conversión de los infieles, excitando y estimulando a todos los hijos de la Iglesia para que contribuyan a las grandes obras de la *Propagación de la Fe*, la *Santa Infancia*, y la *Obra llamada de San Pedro*, para la formación del Clero indígena en las Misiones.

Otra gloria de nuestro llorado Pontífice es la terminación y promulgación de ese monumento admirable titulado «Codex Juris Canonici» «Código del Derecho Canónico» que enlaza como cinta de oro dos nombres excelsos, el de el Papa Benedicto XV y el de su antecesor Pío X.

El 19 de Mayo de 1904 inició la codificación del Derecho Canónico el Pontífice Pío X. Interrumpidos esos trabajos, cuando ya estaban avanzados, por la muerte de aquel Papa, Benedicto XV los continuó, revisando todo lo actuado, y promulgando a los dos años y medio de haber sido elevado al Solio Pontificio, el día de Pentecostés de 1917, para que empezase a regir en la Iglesia el día de Pentecostés de 1918, ese Código admirable, que desterrando del Derecho canónico toda confusión y obscuridad, recoge tendencias y deseos mucho tiempo antes sentidos, y es, a la vez que el más elocuente testimonio del amor de la Iglesia a los hombres, el más solemne *mentis* dado a los que, por ignorancia o mala fé, motejan a la Iglesia de *intransigente*.

Pero lo que descubre de modo admirable el corazón paternal de Benedicto XV, y su ardientísima la caridad, lo que le coloca a una altura inconmensurable sobre todos los hombres de su tiempo, es su gestión con motivo de la guerra europea, y los supremos esfuerzos por él realizados para devolver la paz al mundo. Elegido Romano Pontífice apenas iniciada la terrible guerra, que tanto contribuyó a la muerte del Dulcísimo Pío X, el primer deseo de Benedicto XV, a cuya realización consagró toda su actividad, fué el de hacer que se oyese la palabra *paz* entre aquellos pueblos, que comenzaban a embriagarse con el odio fratricida o con el bárbaro placer de verter sangre. La agitación de la guerra había llegado al paroxismo: nuevas e inmensas falanges eran lanzadas a la refriega; a los estragos causados por la guerra en una parte,

se sucedían nuevos estragos en otra, levantándose por todas partes inmensos volcanes de odio, que amenazaban acabar con el mundo, del que estaba arrojada la paz, que, como dice elocuentemente un escritor contemporáneo, (1) parecía haberse refugiado allá a la sombra de la cúpula de Miguel Angel, bajo las galorías de Rafael.

En medio de la soledad y tristeza que se había apoderado de la ciudad de los Papas, notábase una actividad extraordinaria, casi vertiginosa, allá en el departamento del Vaticano, donde oraba, estudiaba y trabajaba el Padre Santo, y donde le ayudaban en sus trabajos su Carlenal, Secretario de Estado, Emmo. Sr. Gasparri, el entonces Substituto de la Secretaría de Estado, Monseñor Tedeschini, actual dignísimo Nuncio Apostólico en Madrid, y Monseñor Cerretti, que a la sazón era Secretario de la Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios, y actualmente Nuncio Apostólico en París.—Agitábase en mil pensamientos la mente privilegiada de Benedicto XV; su amante corazón latía con vehemencia; y de ahí aquellos admirables proyectos saturados de caridad, y aquellas atrevidas iniciativas diplomáticas que aliviaron tantos dolores y enjugaron tantas lágrimas. La incansable y ansiosa solicitud del Papa a todo se extendía, lo abarcaba todo: el canje de prisioneros inútiles para la guerra por las heridas o por las enfermedades: el canje de los detenidos civiles, y su liberación de los tristes campamentos de concentración, para restituirlos a sus respectivas naciones: la hospitalización en países neutrales: la repatriación sin cambio de los italianos enfermos de tuberculosis: el reposo dominical para los prisioneros de guerra: y hasta las tumbas de los soldados de los Aliados caídos en los Dardanelos eran objeto de la solicitud del Pontífice, a la vez que conseguía facilitar la correspon-

(1) Cor Paternum.

cía para los prófugos servios, para los austriacos, que quedaron en los territorios ocupados por Italia, para los italianos de los territorios invadidos, y, en fin, para los ciudadanos de todas las regiones ocupadas por los beligerantes.—Aún más se habría conseguido: la Navidad de 1914 habría pasado sin estruendo de armas; tréguas periódicas habrían permitido sepultar a los muertos en el campo de batalla, y habría cesado toda acción de los aereoplanos fuera de la zona de guerra, si a los ruegos e insistentes deseos del Romano Pontífice hubieran correspondido las naciones combatientes.

Mas no por eso se desalienta el amantísimo corazón del Papa. Llega hasta el Vaticano el eco lastimero de protestas, de gritos y de llantos. Y el corazón de Benedicto XV, siempre dispuesto a procurar el bien de todos, y a enjugar las lágrimas de tantos desgraciados, dirige su acción bondadosa a los atribulados Belgas; alienta con los más dulces consueles a su heróico Soberano, al Episcopado, al Clero, y singularmente al intrépido Cardenal Mercier: interviene contra las deportaciones; pide, ruega, y suplica; y con frecuencia obtiene el perdón para los condenados; hace que cesen las destrucciones de edificios religiosos y civiles; y consigue que se dé a los niños belgas más abundante alimento, dando por su parte a los necesitados cuanto puede en su augusta pobreza. Invita a todo el Orbe Católico a dar una limosna para la desolada Polonia, y así tiene el inefable consuelo de enviar a los pobres Polacos varios millones de francos, fruto precioso de la caridad del Padre y de sus hijos. El ánimo del Papa se dilata en suaves ternuras por todas partes, y todos experimentan la benéfica influencia de su amor, desde los cristianos de Oriente, hasta los países balcánicos y los territorios invadidos de Francia e Italia, porque la paternal actividad de Benedicto XV no conoce límite alguno de tiempo,

de lugar, de nacionalidad, de raza, ni aun de religión.

Pero las miradas compasivas de ese amantísimo Padre se fijan de una manera especial en aquellos que más sufren por la guerra, esto es, en los soldados, en los prisioneros, y en sus desoladas familias; y a ellos dirige toda su compasión y ternura.— Mediante la gestión del Papa, se estableco en todas partes, o se hace mas intensa, una cordial asistencia para los militares mirando ante todo por el bien de sus almas, pero sin dejar de aliviar las condiciones harto difíciles de su vida.— Para los prisioneros, la incansable solicitud del Pontífice idea mil medios de aliviar sus sufrimientos: y a este fin, son enviados a los campos de concentración Nuncios, Obispos, ilustres eclesiásticos y otros personajes, que llevan donativos a los prisioneros, infunden consuelo en sus almas, y escuchan con amor sus súplicas, siendo portadores de sus amargas quejas. En Friburgo de Suiza, en Paderborn de Alemania en Viena de Austria, se erigen a instancias y bajo la protección del Papa oficinas para los prisioneros, descollando entre todas por la amplitud del trabajo, por el número del personal, por la actividad allí desplegada y por el éxito obtenido, la erigida en el Vaticano, que pudo contar, como a su primer secretario, a Benedicto XV.

Las puertas del Vaticano se abren a las angustiadas familias de los combatientes. El patio de San Dámaso es invadido de padres y madres, hijas y esposas, que desean saber la suerte de los suyos, ayer combatientes, y hoy dispersos o tal vez muertos. Llega el correo: a veces son más de mil al día las cartas, que traen al Padre Santo temores y esperanzas, aspiraciones, deseos y peticiones de familias italianas, francesas, belgas, inglesas, turcas, búlgaras, sérvias y norteamericanas. Las peticiones se trasladan inmediatamente a las cédulas correspondientes; haciendose lo

mismo a la llegada del correo diplomático, que es siempre portador de largos catálogos de prisioneros, y dolorosas listas de muertos. En ese rudo trabajo se ocupan incansablemente secundando los deseos del Papa, ya dentro del Vaticano, ya fuera de sus muros, multitud de personas, entre las que figuraban Príncipes, Monseñores, miembros de uno y otro clero, eclesiásticos y seculares, religiosas, señoras y señoritas de las clases más elevadas de Roma. Así solamente pudieron escribirse 1.300.000 cédulas, recibirse 700.000 peticiones de informaciones y 40.000 de repatriación, y enviarse a las familias cerca de medio millón de comunicaciones. ¡Cuántas lágrimas enjugadas; cuántos ánimos confortados; cuántas familias consoladas!

Pero sobre todo, a la paz es a lo que tendió siempre nuestro amado Pontífice con esfuerzos hercúleos, con tenacidad perseverante. Por la paz dispuso que se elevasen incesantes preces al Cielo: por la paz hizo los paternales llamamientos de 8 de Septiembre de 1914, de 28 de Julio de 1915, y de 1.º de Agosto de 1917. Por la paz, en fin, supo exponer, antes que ningún otro político, tales criterios y fundamentos, que habrían asegurado eficazmente una paz justa y duradera entre las naciones.

Y si al fin no ha visto cumplidos sus vehementes deseos de que el mundo disfrutara de una paz completa y sólida, cúpole al menos el consuelo de ver que enmudecían los cañones y cesaban los horrores de la guerra, con lo cual pudo desde aquel momento dedicar todas sus energías y actividad, a remediar en todos los órdenes los estragos producidos por esa hecatombe sin precedente, llevando su caridad a todas partes, e interesando al mismo fin los corazones de todos los fieles, de lo cual es elocuente prueba el eco de sus amorosas palabras, que aún resuena en nuestros oídos, cuando, con ocasión de las próximas festividades de Pascua y Epifanía, imploraba, sirviéndose para ello de

os niños, la caridad de todo el mundo y singularmente de los españoles, en favor de los niños desamparados y hambrientos de la Europa central y oriental.

Y sucedió lo que no podía menos de suceder: que la muerte le ha sorprendido en su ocupación constante, en el ejercicio de la sublime y celestial virtud de la Caridad.

Perdonad, amados hijos, que esta sucinta reseña de los hechos más culminantes del Pontificado de nuestro Santísimo Padre Benedicto XV, haya resultado tan pálida e imperfecta: ni el tiempo ni las circunstancias han permitido otra cosa. Pero confiamos que, así y todo, ella será suficiente para llevar a vuestros corazones el eco de la tierna y universal caridad de nuestro llorado Pontífice, y de su celo apostólico por la gloria de Dios; y que por ella vereis cuántos motivos tenemos para llorar con lágrimas de amor y de gratitud la pérdida de tan amantísimo Padre.

Pero no basta llorar: nuestras lágrimas serían completamente estériles e indignas de verdaderos cristianos, si a ellas no unimos la oración. Piadosamente pensando, podemos abrigar el convencimiento de que el Señor ha trasladado a su santa gloria al Pontífice de la Paz, para premiar sus virtudes con la verdadera y eterna paz que disfrutaban los bienaventurados; pero nuestro deber de hijos nos obliga a elevar oraciones al Dios de la Misericordia por el eterno descanso del alma de nuestro difunto Padre.

A este fin disponemos que en todas las parroquias e Iglesias de Religiosos de uno y otro sexo de Nuestra jurisdicción se celebren solemnes Funerales por el alma del Romano Pontífice Benedicto XV, y que a ellos sean invitadas las Autoridades, Asociaciones y pueblo fiel. Por lo que se refiere al Burgo de Osma, Nos pondremos de acuerdo con Nuestro Ilmo. Cabildo Catedral para señalar el día en que, con asistencia de todo el Clero Autoridades y Asociaciones, tenga lu-

gar el Funeral, en el que Nos celebraremos de Pontifical.

Una vez cumplido ese deber de hijos amantes y agradecidos, nos queda otro que cumplir. La Iglesia Católica, Apostólica, Romana, nuestra amada Madre, está viuda y desconsolada; no tiene Doctor, que la enseñe, Pastor que la aliente, Rector que la dirija y gobierne: y después de regar con sus lágrimas la tumba del que por espacio de siete años cumplió con Ella estos deberes, abrirá su corazón a la esperanza, y, representada por el Sacro Colegio de Cardenales, elegirá al que ha de suceder en la Cátedra de San Pedro al difunto Papa.

Para que Dios Nuestro Señor, en su infinita misericordia abrevie la presente orfandad de la Iglesia, y nos conceda un Pontífice, digno sucesor del que acaba de morir, venimos en disponer lo siguiente:

1.º Mientras dure la vacante de la Santa Sede Apostólica, todos los Sacerdotes del Clero secular y regular de Nuestra Diócesis, dirán en la Santa Misa, antes de las oraciones *«pro tempore belli.»* las oraciones de la Misa *«pro eligendo Summo Pontífice»*, siempre que las Rubricas lo consientan.

2.º En todas las Iglesias del Obispado se celebrarán, en la forma acostumbrada para casos de grave necesidad, solemnes Rogativas, cantando las Letanías de los Santos con las preces del Ritual y las oraciones de *Spiritu Sancto* y la primera de la Misa *«pro eligendo Summo Pontífice»*, dejando al arbitrio de los Señores Curas Párrocos o encargados de Iglesia señalar el día y la hora en que han de tener lugar dichas Rogativas, y facultándoles para que, si los fondos de las Iglesias lo permiten, puedan exponer el Santísimo Sacramento.

3.º En Nuestra Santa Iglesia Catedral se harán las Rogativas durante tres días seguidos, que tenga a bien señalar el Ilmo. Cabildo: y en el último

de ellos 29, después de Nona, se cantará la Misa «*pro eligendo Summo Pontífice*» con exposición del Santísimo Sacramento, a la que serán invitadas las Autoridades, Asociaciones, Clero y pueblo fiel.

4.º Los Rvdos. Párrocos y encargados de Parroquia exhortarán a los fieles a que reciban la Sagrada Comunión y eleven al Señor fervorosas oraciones, para que nos conceda el señalado beneficio que pedimos.

Madrid, 22 de Enero de 1922.

† EL OBISPO.

NUNCIATURA APOSTÓLICA

Madrid 23 de enero, de 1922.

Excmo. Sr. Obispo de Osma

Con profundo dolor cúmpleme participar a V. E. que nuestro venerado y amadísimo Santo Padre, el Sumo Pontífice Benedicto XV, falleció ayer, a las seis de la mañana.

No dudo que V. E., por su vivo y filial amor a la Persona Augusta del difunto Supremo Jerarca, y por su profunda devoción a la Santa Sede, se servirá disponer que se eleven fervientes súplicas al Altísimo por el eterno descanso de Nuestro Santo Padre Benedicto XV y por que a la Iglesia, huérfana, le sea concedido pronto un digno Sucesor de tan grande y glorioso Pontífice.

Dios guarde a V. E. muchos años.

F. TEDESCHINI, *Nuncio Apostólico.*

El Cardenal Primado

Doble luto afecta a la Iglesia Española. El mismo día que falleció en Roma nuestro Santísimo Padre, el Papa Benedicto XV, entregaba su alma al Señor en Madrid el Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Enrique Almaraz y Santos, Primado de España.

Juntas han llegado las dos tristísimas noticias, abriendo en los corazones de los católicos españoles una doble herida de intenso dolor.

Acatemos con humildad los designios de la Divina Providencia.

El nombre del Cardenal Almaraz y Santos pasará a la historia del Episcopologio Español como una de sus principales figuras.

No hay espacio, para señalar las fechas gloriosas de su vida apóstolica.

Nació en La Vallés (Salamanca) el día 22 de Septiembre de 1847. Su padre era un modestísimo maestro de escuela que percibía un sueldo de 500 pesetas. Cursó con el mayor aprovechamiento los estudios de la carrera eclesiastica en el Seminario central de Salamanca, graduándose de doctor en Sagrada Teología y Derecho Canónico.

Fué un notabilísimo orador. A los 27 años obtuvo la Canongía Magistral de Salamanca, y allí desplegó su celo sacerdotal empleandose en numerosas obras de piedad y de caridad.

Al ser elegido primer Obispo de Madrid el Sr. Martínez Izquierdo, que lo era ya de Salamanca, llevó consigo al Sr. Almaraz, como Secretario de Cámara y Gobierno.

Cuando el Sr. Martínez Izquierdo, en la puerta de la Catedral de Madrid, cayó mortalmente herido, víctima de un infame atentado, los brazos del Sr. Almaraz lo recogieron, y el pectoral que llevaba fué el mismo que éste llevó el día de su consagración episcopal, acto que tuvo lugar en la misma Catedral de Madrid el 16 de Abril de 1893, pues había sido preconizado Obispo de Palencia el 18 de Enero del mismo año.

La ceremonia revistió extraordinaria solemnidad y la presenciaron los padres del consagrado.

Ocupó la sede palentina hasta el año 1907 en que fué trasladado a Sevilla. Imposible poder compendiar los hechos notables de su pontificado en Palencia. Hizo el arreglo parroquial. Visitó tres veces la Diócesis. Celebró sinodo Diocesano. Fundó el Montepío del Clero. Edificó y restauró muchos templos. Promovió la difusión de las Ordenes religiosas, y eso, y mucho mas queda como obscurecido ante sus trabajos en el orden religioso social. Él fundó Círculos de Obreros, Cajas de Ahorros, Cooperativas, hizo de su palacio episcopal, no sólo el centro de la acción social católica diocesana, sino de la toda la región, celebrandose en él una asamblea con tal motivo a la que asistieron 6 Prelados y el Auditor de la Nunciatura. Sus trabajos en ese terreno han dado ópimos frutos.

En Sevilla continuó trabajando con el mismo celo en ese asunto, y en todos los del ministerio pastoral, siendo muy de notar su entusiasmo por la Prensa católica, como el mas decidido campeón de «*El Día de la Prensa*».

En el Consistorio del 2 de Diciembre de 1912 fué nombrado Cardenal.

Tomó parte en el Cónclave en que fué elegido el Papa Benedicto XV, con quien le unían lazos de íntima amistad, desde la estancia de monseñor de la Chiesa en Madrid durante los años de 1883 a 1887,

El 16 de Diciembre de 1920 fué trasladado a Toledo haciendo su entrada el 3 de Julio de 1921.

Breve ha sido su pontificado en la ciudad imperial, pero hondas las huellas que ha dejado como fueron: el Documento que dirigió a los Católicos españoles el día 15 de Julio; sus orientaciones en la acción católico-social y la iniciativa patriótica de invitar a los Prelados y a todo el Clero español a la suscripción en favor de nuestros soldados, entregando él una considerable cantidad.

Dios habrá premiado sus muchos méritos, y Él hará que terminen pronto estos días de doble luto en que se hallan sumidos la Iglesia y los Católicos españoles.

R. I. P.



Colecta para los niños de la Europa Central

	Ptas.	Cts.
<i>Suma anterior</i>		1010,49
Párroco y feligreses de Valderrueda.....	7	<
» » » Velilla de San Esteban	5	<
» » » Cabezón de la Sierra	4	>
» » » Mamolar	7	15
» » » Sotillo de la Rivera	12	>
» » » Valdenebro	7	>
» » » Arauzo de Miel	5	>
» » » Quintanamanvirgo.....	10	>
» » » Boada	4	60
» » » Cantalucia y Cubillos.....	13	80
» » » Cabrejas del Campo	5	75
» » » Ojuel, anejo de Mazalvete...	10	50
» » » Mazalvete.....	13	75
» » » Matanza de Soria	2	>
» » » Torreandaluz	10	>
» » » Cuevas de Soria	21	>
» » » Ituero	5	>
» » » Villatuelda	7	25
» » » Aldealseñor	12	15
» » » Fuentecantos	10	65
» » » Vadocondes	32	>
» » » Quemada... ..	42	13
» » » Peñacoba	12	50
» » » La Aguilera.....	8	>
» » » Quintana Redonda.....	31	27
» » » Moradillo de Roa.	10	50
» » » Sequera de Aza.....	10	50
<i>Suma y sigue</i>		<u>1.330'99</u>